

OTRAS RAZONES

LA VOLUNTAD DE DIALOGAR NO BASTA

La primera dificultad que se opone al diálogo político está en la casi imposibilidad de reconocer la identidad e integridad del pensamiento ajeno con el que se pretende razonar. Peor dificultad que la de conocer la expresada voluntad de otro. Más de dos mil años de jurisprudencia, y millones de pleitos, han refinado el modo de salvar la divergencia entre lo que se ha dicho y lo que se ha querido decir. La hermenéutica es el único campo científico del Derecho. La vulgar creencia de que lo claro no tiene que ser interpretado —«in claris non fit interpretatio»—, es falsa. La claridad de la intención manifestada siempre será dictaminada por un juicio previo de adecuación: de la gramática empleada por la expresión, al interés procurado por la voluntad.

En cambio, ninguna ciencia puede ayudarnos a conocer con mente fiel el pensamiento ajeno, cuando expresa ideas universales que interesan a todos. Porque aquí ya no se trata de coser, con hilos hermenéuticos, lo que se dice y lo que se ha querido decir —que siempre es concorde, incluso en los filósofos más oscuros—, sino de registrar por la mente algo tan extraño a ella como una idea salida de otra mente. Algo más ajeno, desde luego, que las cosas materiales o vitales de la naturaleza, con las que sentimos esas corrientes naturales de simpatía que nos aproximan a la percepción de sus maravillosas formas y a la comprensión de sus inteligentes funciones.

La más alta capacidad del cerebro no es la que le viene dada por los sentidos, ni por el instinto de las pasiones animales, sino la que procede del entendimiento y la imaginación. Facultades tan puramente humanas que pueden vencer a las defensas inmunológicas del medio pensante, y cambiar los hábitos que mantienen recluida la vida mental en el pequeño mundo de cada experiencia personal. Ependida de pasión por la verdad y elevada por la imaginación creadora, la razón puede evitar que sean rechazados, o deformados a conveniencia, los anticuerpos que entran en la mente como ideas extrañas de otra mente. Por eso, entender el pensamiento ajeno no es asimilarlo, para comprenderlo como a las cosas amables; ni reducirlo, para rechazarlo como a las cosas hostiles. Comprender una idea racional ajena, que no podemos refutar en pura lógica, supone incorporarla a la vivencia personal de la vida de la razón y la imaginación, para mejorarla, como ha dicho Sáda. Pues el entendimiento solo, con sus exigencias de verificación en el mundo real, no alcanza a ver, por ejemplo, la libertad política cuando, como ahora, no existe. ¿Qué pintor dialogaría sobre colores con un ciego? ¿Qué ave del Paraíso sería más atraído por el canto lejano de la libertad que por el aleteo de un corto vuelo sobre el parvo jardín donde su plumaje deslumbra?

Si el diálogo condujera a la negación de la libertad política, porque aún no existe,



yo acudiría presuroso a la imaginación para declarar la muerte del principio de razón, como otra certifié la de Dios cuando hizo crisis el de autoridad. El entendimiento es demasiado estrecho para percibir la grandeza de los problemas morales de la vida y demasiado indiferente para resolverlos con sus fríos medios. Y un buen diálogo (no un debate de creencias) sobre la autodeterminación de los pueblos excluye las ilusiones de la imaginación. La razón histórica demuestra por sí sola que el imaginario derecho a la autodeterminación, si está basado en la naturaleza humana contraría la razón natural de la fuerza, y si se deriva de la democracia, contradice la razón política de la libertad colectiva. Al ser ésta la única fuente legítima de todo derecho político, éste no determina aquella, ni se autodetermina. Idea recta que aparecerá torcida, como bastón refractado por el agua, dentro de las mentes sumergidas en el humor estupefaciente de la autoilusión y autoestima de las identidades nativas.

Antonio GARCÍA TREVILANO

PORTASILENCIOS

Un amigo de Juan Bravo, militante del PP, estaba anonadado esta semana pasada por la increíble desidia que había observado en los encargados de proteger y potenciar la imagen de José María Aznar. El presidente del Gobierno había sido recibido por Bill Clinton en un despliegue de atenciones poco frecuente y, sin embargo, la portavoz española estuvo «missing» para sacar partido político al evento o, cuando menos, aclarar a los ciudadanos españoles a través de los periodistas que había pasado en aquella cena. Bastaba un ejercicio de profesionalidad clásico al estilo de «yo no te lo he dicho, pero Hillary ha sonreído dos veces a Aznar» o, «te has enterado por otro, pero Az-

nar le ha ofrecido más F-18 a Clinton» para que la relevancia política de la reunión hubiera ocupado alguna más de las tristes páginas que concitó. «Y eso —dice mi amigo— que algún periódico, como LA RAZÓN, le dio su portada», porque si no hubiera quedado la impresión (transmitida por algunos corresponsales que no tuvieron mucha información aquel día, de que Clinton había tratado a Aznar casi con desgana, al borde del desaire. El problema es que algunos portavoces, o más bien portasilencios, creen que su trabajo es lucir palmito político en vez de arremangarse. ¡Cuánto se recuerda a Rodríguez!

Juan BRAVO



ESPAÑA COLONIZADA



Y en semejante manipulación se llega a tal extremo que José María Robles Fraga tratando de descalificar la iniciativa del Parlamento Vasco ha llegado a decir «sólo falta que (los nacionalistas vascos) inviten a Milosevic», sin percatarse

torpemente que, en este paralelismo, el papel de los kurdos quien lo juega en Yugoslavia no es precisamente Milosevic, sino los kosovares.

Al parecer la opinión pública no se ha dado cuenta de que estamos en guerra con Yugoslavia. Y no habría, consecuentemente, que sorprenderse por el hecho de que nuestros periodistas, desgraciadamente y no por culpa suya sino del Gobierno, sean tratados como ciudadanos de un país enemigo. Pues resulta ridículamente absurdo pretender, tal como hace Solana en sus declaraciones, que la guerra no se dirige contra el pueblo serbio, mientras se ataca tanto al ejército del país, como a las centrales térmicas, que permiten a los habitantes protegerse del frío, a los puentes, vías férreas, centros industriales de producción de electrodomésticos y automóviles, repetidores de televisión, tratando de hundir a un país, que había alcanzado la prosperidad, en la miseria. Hasta el extremo de que sus ciudadanos y ciudadanas se erigen en escudos humanos dispuestos a inmolarse sus vidas en nombre de los recursos que les permiten mantenerla. Y a ello hay que añadir, naturalmente, las víctimas civiles serbias y kosovares que la OTAN, aún reduciéndolas todo lo posible, se ve obligada a confesar.

Ciertamente, observará el lector, no es sólo España la que se encuentra frente a Yugoslavia en esta guerra «de facto» —aunque formalmente no declarada en la actual y escandalosa pulverización del derecho internacional— sino todos los países de la OTAN. Indudablemente si España hubiera sido aisladamente la que se lanzara a la contienda rápidamente se le hubieran parado los pies. Y este es el extremo a que quería llegar en mi comentario. España, la España forjada en la transición, ha sido despojada de toda política internacional propia, incluso en problemas que nos afectan tan directamente como el del Sáhara Occidental. Sólo se caracteriza la política de nuestros gobernantes por el entusiasmo con que secunda las directrices de la Administración estadounidense —y también de los grandes directores de la construcción europea—. Y por la infantil obsesión de nuestros presidentes de Gobierno por fotografiarse —o aparecer en TV— con los líderes mundiales. Poseemos una política internacional puramente fotográfica.

Y ello abre un nuevo capítulo de reflexión. Porque en los tiempos de la oposición al franquismo se levantaban por la izquierda ambiciosos ideales de una política internacional que no sólo nos aproximara a las democracias occidentales, sino que fuera crítica respecto al militarismo imperialista y solidaria con el Tercer Mundo, en que España hiciera oír una voz progresista. Todo se vino abajo con la transición dirigida por los Estados Unidos y por Alemania, por los pactos ocultos del PSOE y la traición que fue nuestra permanencia en la OTAN. Pero son tales ideales de justicia y democracia internacional los que debemos recuperar en medio de la actual barbarie.

Carlos PARÍS